

mantenimiento durante la Edad del Bronce: nuevas formas de preparación, presentación y consumo de alimentos

Margarita Sánchez Romero
Gonzalo Aranda Jiménez

Resum: Les activitats de manteniment han estat marginades perquè s'han considerat com a treballs que no están exposats a canvis significatius ni des del punt de vista tecnològic ni espacial, i per tant no se les ha tingut en compte a l'hora d'analitzar el canvi social. En aquest treball la nostra intenció és centrarnos en una producció que es troba íntimament vinculada a les activitats de manteniment, com és la preparació, la presentació i el consum d'aliments, i ens centrarem en l'anàlisi de la producció ceràmica de les societats del bronze final del sud-est de la península Ibèrica.

Resumen: Las actividades de mantenimiento han sido marginadas al considerarlas como trabajos no expuestos a cambios significativos ni tecnológica ni espacialmente y, por tanto, no se las ha considerado a la hora de analizar el cambio social. En el presente trabajo nuestra intención es centrarnos en una producción íntimamente ligada a las actividades de mantenimiento como es la preparación, presentación y consumo de alimentos, centrándonos en el análisis de la producción cerámica de las sociedades del Bronce Final del Sureste de la península Ibérica.

Abstract: Maintenance activities have been of marginal interest since they have been considered as tasks without significant changes through time and in space and therefore without any importance for an understanding of social change. In this paper we aim to centre our discussion on those aspects of maintenance activities such as food preparation, distribution and consumption. In this context we will analyze the pottery vessels of the Late Bronze Age culture of the southeast of Iberia.

Introducción: las actividades de mantenimiento como marcadoras del cambio social

Toda actividad humana tiene una dimensión espacio-temporal que ha ido variando a lo largo de la historia como consecuencia de los cambios sociales y tecnológicos (Carrasco *et alii* 2003: 67). A estos cambios también son susceptibles las actividades de mantenimiento que pueden definirse como las prácticas relacionadas con el cuidado y el sostenimiento de la vida de los grupos humanos; relativas a la alimentación, la gestación y la crianza de individuos infantiles, la higiene y la salud pública (Picazo 1997; Montón 2000: 52) que se desarrollan en el marco de la vida cotidiana.

En el desarrollo de la vida cotidiana, cada sociedad humana construye para sí misma un mundo de alimentos, refugio, vestimentas y otros bienes, un mundo lleno de experiencias materiales (Bray 1997: 2); una buena parte de este mundo se crea a través de las actividades de mantenimiento. Son además estas actividades las que originan buena parte del registro arqueológico que analizamos para acercarnos a las sociedades de la prehistoria. Sin embargo tradicionalmente se ha conside-

rado que los trabajos que se desarrollan en la vida cotidiana no cambian, así como tampoco lo hacen las funciones económicas o las dinámicas sociales que las acompañan (Meyers 2003) es decir, que permanecen estáticos e independientes de los otros movimientos sociales y económicos que afectan a las sociedades.

Este juicio se explica a través de la consideración peyorativa que reciben los trabajos denominados domésticos, muy vinculada con el pensamiento actual y sustentada en una serie de premisas e ideas preconcebidas por las que el trabajo doméstico posee una baja consideración social y es percibido como irrelevante para la explicación de la dinámica social de las grupos prehistóricos (Curiá y Masvidal 1998: 228). El ámbito doméstico se explica a través de generalidades, de dicotomías e incluso de conceptos que no son definidos de la misma manera por todos los investigadores, de manera que se crea un espacio ambiguo e indefinido que no ayuda a la reflexión; lo doméstico se convierte en una categoría universal asociada a una clase particular de individuo uniforme y que no presenta cambios: las mujeres (Brück 2005:143). De esta manera el significado de la cultura material asociada al

espacio doméstico se expresa exclusivamente a través de tipologías y descripciones, en vez de servir de reflexión sobre cómo la gente organiza y valora sus actividades y sus relaciones con los otros miembros del grupo (Meyers 2003: 428). Por tanto el debate acerca de lo que significa el espacio doméstico (Montón 2000), el tiempo, los ciclos y las rutinas que implica (Picazo 1997), la consideración del trabajo doméstico en sí mismo (Carrasco *et alii* 2003) o las posibles raíces de esta situación (Hernando 2005; Sánchez Romero e.p. a) cobra una especial relevancia.

Normalmente estos trabajos y espacios han sido considerados como los propios de las mujeres, esta idea se ha sostenido a través sobre todo del conocimiento que proviene de la etnografía (Hernando 2002; Meyers 2003: 431), las fuentes literarias (Mirón 2005) o la iconografía (Brumfiel 1991). Sin embargo, la realización de estos trabajos tiene que dejar su impronta en el registro arqueológico de las sociedades prehistóricas no sólo a través de la cultura material que se fabrica, se transforma, se consume, se almacena o se deshecha, sino también a través de los restos óseos de las mujeres que realizaron estas actividades. Diversos estudios antropológi-

cos realizados sobre las sociedades de la Edad del Bronce peninsular (Jiménez *et alii* 2004) demuestran toda una serie de patrones de paleopatologías y marcadores de estrés diferentes entre hombres y mujeres que deben relacionarse con el desarrollo de actividades diferenciadas. Los patrones de actividades asociadas a las mujeres las sitúan básicamente en desarrollo de actividades de mantenimiento (Sánchez Romero e.p. a).

Son varias las causas que han podido influir en el hecho de que se identifique el ámbito doméstico con la inmovilidad de sus procesos productivos. El análisis del tiempo de trabajo en términos mercantiles ha podido influir en la consideración negativa de los procesos de producción y mantenimiento de los ámbitos domésticos de las sociedades prehistóricas; las mujeres aún en la actualidad utilizan en la mayor parte de lo que a su trabajo se refiere el tiempo no mercantil, el que no se remunera, ni cotiza de modo que se invisibiliza (Carrasco *et alii* 2003: 9). Es posible que otra probable causa de que se entienda que el conocimiento relativo a las prácticas domésticas no cambia ni evoluciona, tenga que ver con cómo se ha transmitido el conocimiento. Las mujeres han quedado marcadas a lo largo de su histo-

ria por la comunicaci3n oral, la aparici3n de la escritura y su apropiaci3n por parte de unos pocos es una fuente de poder que est1 restringida por el grupo que la utiliza en exclusividad.

Otro de los problemas con los que se enfrentan las actividades de mantenimiento es la idea de que estos trabajos no requieren ning3n tipo de tecnolog1a, ninguna pauta de experiencia o conocimientos especializados. Este es un punto esencial en la reelaboraci3n del concepto de trabajo dom3stico; palabras como t3cnica y tecnolog1a han estado ligadas esencialmente al mundo masculino, el diccionario de la Real Academia Espa1ola define tecnolog1a en su primera acepci3n como conjunto de los conocimientos propios de un oficio mec1nico o arte industrial cuando, etimol3gicamente, define el conocimiento de la t3cnica, y la t3cnica es el conjunto de procedimientos y recursos de que se sirve una ciencia o un arte y la habilidad para desarrollarlos. Como consecuencia, mientras que en el estudio de las sociedades prehist3ricas es usual encontrar la palabra tecnolog1a unida a conceptos como metal3rgia, l1tica o cer1mica es m1s dif1cil encontrarla ligada a productos alimenticios, cester1a o textil, cuando se est1 hablando de procesos similares por los

que determinada materia prima se transforma mediante una serie de t3cnicas, conocimientos y habilidades hasta conseguir un producto elaborado.

La propia disciplina arqueol3gica ha sido tambi3n bastante sensible a la hora de analizar los avances tecnol3gicos como algo unido a lo masculino, no en vano se estructuraron las distintas 3pocas que marcan el "progreso de la humanidad" con terminolog1a t3cnica: el trabajo con la piedra y los metales (Wright 1999: 176), actividades ligadas en la literatura arqueol3gica tradicional a los hombres (S1nchez Romero 2005; S1nchez Romero y Moreno Onorato 2005). La tecnolog1a se desvincula de los otros procesos sociales y por tanto se considera que no puede ser influida por otras estrategias de organizaci3n social como son las relaciones de g3nero, que ni siquiera se consideran, estableciendo posiciones jer1rquicas de forma que la metalurgia es m1s importante que la fabricaci3n de alimento o tejido (Wright 1999: 176).

La preparaci3n de alimentos, la fabricaci3n de textiles o el cuidado de los otros miembros del grupo requieren una serie de habilidades t3cnicas y un c3mulo de experiencias que producir1n, como todas las tecnolog1as, innovaciones y cambios. En

muchas ocasiones, el que estás actividades estén ligadas a las necesidades más básicas de la sociedad, a las necesidades biológicas y de relación ha hecho que sus tecnologías se naturalicen haciéndose menos visibles (McGaw 1996). Los motivos para el avance, para el cambio vendrán dados por las circunstancias económicas, las carencias o excesos de determinados recursos, los cambios en la organización social, y siempre modificarán la manera en la que desarrollan su vida cotidiana.

Esos cambios han sido observados en las sociedades en lo que respecta al urbanismo o a las prácticas funerarias. Sin embargo, las actividades de mantenimiento también influyen en cómo se organiza el espacio doméstico, cómo se ordena el tiempo, e incluso forma parte de la creación de identidades. Cualquier cambio en la organización económica modifica todo lo relacionado con los alimentos que se consumen, cómo se preparan, cómo se almacenan y cómo se sirven (Montón 2005); los cambios en la organización social se plasman en cómo la gente se viste, qué adornos lleva y dónde los lleva, en cómo representa su identidad a través de la modificación de su cuerpo (Sánchez Romero e.p. b). También las relaciones interper-

sonales se modifican, los cambios en el sistema urbanístico delimitan quién vive con quién, qué número de personas habita una unidad doméstica, y de qué manera la materialidad de la arquitectura juega un papel primordial en cómo la gente experimenta el lugar en el que vive (Brück 2005: 136). Igualmente, las transformaciones en el mundo de lo simbólico y lo ideológico tienen su reflejo en la vida cotidiana de las personas ya que pueden cambiar su modo de situarse dentro del grupo social, sus sentimientos de pertenencia a una comunidad y su relación con sus ancestros.

Nuestro objetivo en el presente trabajo va a consistir en el análisis de los cambios que se producen en las actividades de mantenimiento en las sociedades de la Edad del Bronce del Sureste peninsular. Especialmente se estudiarán como se transforman las actividades relacionadas con el procesado y consumo de los alimentos. A partir del análisis de las propiedades de los conjuntos cerámicos de las sociedades del Bronce Final es posible plantear el desarrollo de nuevas formas de preparación, presentación y consumo de alimentos y bebidas. Los cambios documentados en las vajillas cerámicas suponen una organización del trabajo domés-

tico diferente y unas relaciones sociales con nuevos contenidos y escenarios de representación, reproducción y modificación.

Características generales de las sociedades del Bronce Final del sureste peninsular

Antes de profundizar en las propiedades de los conjuntos cerámicos es necesario introducir una breve caracterización de las sociedades del Bronce Final que nos sirva como marco de análisis y comprensión. Las sociedades de la Edad del Bronce del Sureste de la Península Ibérica han sido organizadas en dos grandes periodos culturales¹ que se suceden temporalmente y que han sido sistematizados como cultura de El Argar (Siret y Siret 1890) y Cultura del Bronce Final del Sureste de la península ibérica (Molina 1976, 1978). Temporalmente ambos periodos abarcan un lapso entre el 2200 y el 900 cal. B.C.

Las características culturales que presentan ambos periodos pueden caracterizarse por las importantes diferencias existentes entre ambas sociedades. Diferencias que afectan no sólo a las formas de vida sino también al grado de investigación del que han sido objeto ambos desarrollos culturales. Desde los propios inicios de la investiga-

ción, ésta se ha centrado fundamentalmente en las sociedades de la Edad del Cobre y de la Cultura de El Argar. Posiblemente la riqueza y espectacularidad de ambos desarrollos culturales haya sido la causa de la concentración de la investigación en estos periodos quedando otras fases culturales en un segundo plano. Especialmente drásticas han sido las diferencias de investigación en lo referente al Bronce Final del Sureste, sobre todo en los últimos años en donde la situación puede ser calificada de estancamiento frente al importante avance experimentado en el conocimiento de las sociedades argáricas (Aranda y Sánchez 1999).

A pesar de estas importantes diferencias, el conocimiento que actualmente poseemos de ambas sociedades es suficiente como para plantear la existencia de dos modelos sociales que poseen unas manifestaciones culturales propias y fuertemente diferenciadas las unas de las otras. De forma resumida, durante el Bronce Final se produce un cambio en la organización del poblamiento consistente en la situación de los asentamientos en zonas cuya principal característica es el control de las vías de comunicación que conectan diversos territorios. Estos poblados presentan unas carac-

terísticas urbanísticas y constructivas que suponen el abandono del sistema de aterramiento y la utilización masiva de la piedra que caracterizaba a las poblaciones argáricas. Durante el Bronce Final, el urbanismo se caracteriza por cabañas y estructuras exentas, de planta ovalada y rectangular y que aparecen situadas de forma dispersa por los asentamientos, aparentemente sin una organización interna. En los sistemas constructivos los principales materiales utilizados son el tapial y el adobe que en algunas construcciones se sitúa sobre zócalos de piedra de escasa entidad. Las cabañas aunque presentan tamaños diferentes son, en términos generales, de grandes dimensiones, no aparecen compartimentadas y en algunas ocasiones presentan una decoración de placas de estuco amarillento con motivos geométricos (Molina 1978, 1983; Martínez y Botella 1980; Contreras 1982; Ros 1989; González 1990; Lomba 1993; Aranda y Molina 2005).

El ritual funerario presenta igualmente unas características fuertemente diferenciadas respecto al mundo argárico. Aunque son escasas las necrópolis documentadas el ritual presenta un alto grado de normalización caracterizándose por

la incineración de los cadáveres y su posterior introducción en urnas funerarias que habitualmente aparecen tapadas con unos de los tipos cerámicos más característicos de estas sociedades las fuentes hombro marcado. Las urnas funerarias se introducen en fosas o cistas de planta poligonal u oval. Los ajuares son fundamentalmente elementos de adorno, brazaletes, pendientes, cuentas de collar y de forma más excepcional fíbulas. Las necrópolis se sitúan habitualmente en laderas o promontorios siempre en zonas independientes de las áreas de poblado (Molina 1978; Carrasco *et alii* 1980; González 1983; Ros 1986; Hernández y Gil 2004).

En cuanto a los materiales muebles tanto las producciones cerámicas, metalúrgicas o líticas, presentan unas características tipológicas y tecnológicas que de nuevo marcan la ruptura con las sociedades argáricas. Los conjuntos cerámicos, como posteriormente analizaremos con más detenimiento, se caracterizan por la introducción de tipos nuevos en donde destacan especialmente las formas abiertas (Molina 1978, 1983; Aranda 2001). Las producciones metalúrgicas poseen igualmente características novedosas, tecnológicamente se generaliza la

utilización del estaño como materias prima frente a los cobres arsenicados de época argárica. Desde una perspectiva tipológica son comunes las denominadas hachas de talón, de anillas o apéndices laterales, las espadas de lengua, puntas de flecha o elementos de adorno como las fíbulas. Todos estos productos metálicos han sido relacionados con diversos contactos e intercambios a una escala mediterránea o atlántica desconocida en épocas anteriores (Molina 1978, 1983; Carrasco *et alii* 1987, 2002; González 1990). Las diferencias observadas en los materiales afectan también a producciones con un carácter más local. Este es el caso de las pesas de telar que poseen una características morfológicas desconocidas en el sureste hasta este momento, en concreto poseen formas bitroncocónicas con escotadura central (Molina 1978).

Durante el Bronce Final asistimos, por tanto, a la aparición de un tipo de sociedad perfectamente definido y cuya materialidad no posee elementos de conexión o de transición con las sociedades argáricas. Esta discontinuidad cultural ha planteado y plantea importantes interrogantes sobre las causas y consecuencias de la desaparición de la cultura argárica y sobre el

origen y formación de las sociedades del Bronce Final. Los intentos de interpretación de este proceso se han basado fundamentalmente en posicionamientos normativistas donde los cambios son el resultado de influencias de diverso origen que generan procesos de *aculturación* del denominado substrato indígena. En este contexto el Bronce Final ha sido incluso considerado como una etapa de involución cultural y retroceso hacia patrones organizativos típicos de las sociedades de la Edad del Cobre (Pellicer 1992-93; Eiroa 1989; Martínez y Botella 1980). Desde nuestra perspectiva el cambio que se produce estaría relacionado con unas nuevas formas de representación del poder. Durante el Bronce Final las relaciones sociales y sus múltiples manifestaciones desaparecen en buena medida de los escenarios tradicionales, mostrándose en otros lugares y asumiendo otras formas mucho más interconectadas con otros desarrollos culturales.

Las cerámicas del Bronce Final: nuevas formas de producción, presentación y consumo de alimentos

La interpretación funcional de la cerámica puede realizarse a partir de la asunción de que la forma está fuertemente influen-

ciada por su pretendida función. La relación entre forma y función sugiere que determinadas propiedades físicas y formales representan el modo más eficiente de solucionar ciertos requerimientos funcionales. Esta relación ha sido definida como función/es primaria/s (Ericson *et alii* 1972; Henrickson y McDonald 1983). Características como las dimensiones, estabilidad, capacidad volumétrica, composición de las pastas cerámicas, facilidad de acceso al contenido, facilidad para remover el contenido, comodidad para verter, eficiencia en la absorción de calor, resistencia térmica, tasa de evaporación, etc. condicionan las posibles funcionalidades. La efectividad en el desarrollo de determinadas tareas está, por tanto, condicionada por las técnicas de manufactura, propiedades morfológicas, y composición de las pastas (Braun 1983). La contrastación etnográfica de la correlación forma-función avalaría la existencia de claras tendencias en donde propiedades físicas y formales específicas se asocian con usos igualmente concretos (Henrickson y McDonald 1983; Smith 1988).

Aunque los usos específicos de las cerámicas pueden ser muy variados, la principal funcionalidad de estas producciones con-

siste en el almacenaje, transporte, preparación y servicio tanto de alimentos como de líquidos. En este sentido cambios en los tipos y en las capacidades de los contenedores han sido tradicionalmente considerados como indicadores de cambios en los alimentos consumidos, en la transmisión del conocimiento sobre los alimentos e importantes transformaciones en el contexto social de la preparación y consumo (Braun 1983; Mills 1989, 1999).

Aunque la comida y la bebida se encuentran entre las necesidades esenciales de ser humano su consumo no es simplemente un acto biológico. Muy al contrario está cargado de significados normativos. La comida es importante para estructurar el tiempo y las relaciones sociales, formando y reproduciendo identidades, forjando relaciones de poder, negociando sexo y edad así como en proveer a la sociedad de intrincados símbolos y metáforas (Sherrat 1996; Parker 2000, 2003; Bray 2003). Si aceptamos que la elección de comida y bebida y la forma en que es cocinada y presentada puede ser entendida como indicadores de la identidad, política, social y cultural, la elección de los conjuntos cerámicos domésticos puede ser entendida igualmente como un reflejo de esas

identidades (Goldstein 2003).

Los cambios documentados en los conjuntos cerámicos durante el Bronce Final deben relacionarse con nuevos métodos de cocinado y cambios en las prácticas de consumo de alimentos tanto en el desarrollo de la vida diaria, a una escala por tanto doméstica, como en el desarrollo de prácticas de comensalidad en donde el contexto de consumo cambia significativamente. Veamos a continuación cuales son los principales cambios que se producen en los conjuntos cerámicos y cómo estos pueden asociarse a nuevas conductas sociales.

En términos generales las diferencias entre los conjuntos cerámicos argáricos y del Bronce Final afectan tanto a las características formales como tecnológicas, con una considerable incidencia de las decoraciones en los conjuntos cerámicos del Bronce Final. Frente a las formas con tendencias cerradas que caracterizan a las cerámicas argáricas durante el Bronce Final asistimos a un importante desarrollo de las formas abiertas o muy abiertas. Se generalizan igualmente los fondos planos especialmente en las formas de cocina y almacenaje lo que contrasta con los fondos convexos de las cerámicas argáricas. Otro

elemento igualmente diferenciador de los conjuntos de Bronce Final consiste en la drástica separación en la técnica y calidad de la que podríamos denominar vajilla de mesa que presenta unas pastas de alta calidad y superficies fuertemente bruñidas, frente a las cerámicas de cocina y almacenaje que poseen un tratamiento mucho menos cuidado de sus superficies dominando fundamentalmente los acabados alisados (Molina 1978; Aranda 2001).

En relación con la cerámica de servicio y consumo durante el Bronce Final se generalizan las formas abiertas o muy abiertas. Durante estos momentos son comunes determinados tipos de vasos, platos y fuentes bien de perfil sencillo o carenados, en este último caso son especialmente frecuentes las denominadas carenas de hombro marcado. La tendencia en estos tipos es hacia formas poco profundas y abiertas, coincidiendo el diámetro máximo con el diámetro del borde. El análisis morfométrico de los conjuntos cerámicos de la secuencia de Bronce Final del asentamiento del Cerro de la Encina (Granada) demostraría este extremo (Aranda 2001). En las formas de perfil sencillo (grupos tipológicos III y IV) la relación entre el diámetro de la boca y la altura oscila entre 180-

200 mm. de achura por 58-66 mm. de altura para los denominados como platos y entre los 240-300 mm. de diámetro por 81-106 mm. de altura para las denominadas como fuentes. La ratio entre máximo diámetro y altura máxima oscila entre 2.2 y 3.4 siendo la media de 3, por tanto formas tres veces más anchas que altas (Aranda 2001). En lo referente a las formas carenadas (grupos tipológicos X, XI y XII) la relación diámetro de la boca altura máxima oscila entre los 100-140 mm. por 42-55 mm. para los denominados como vasos carenados, entre los 170-220 mm. de diámetro y los 60-91 mm. de altura para los platos carenados y entre los 240-380 mm. de diámetro y 70-135 mm. de altura para las fuentes. La ratio entre diámetro máximo y altura varía entre los 2.1 mm. y 2.6 mm. para las formas de vasos siendo la media de 2.2 mm. frente al intervalo 2.2 mm. y 3.8 mm. que caracteriza a los platos y fuentes en este caso con una media de 2.9 mm.. Las diferencias observadas hacia una tendencia más profunda de los vasos frente a platos y fuentes deben relacionarse con su posible funcionalidad como contenedor de líquidos para su consumo, lo que obliga a una mayor profundidad. Esta característica es similar a los denominados como cuencos de perfil en S,

una de las formas más comunes del Bronce Final. Por su parte la media de 2.9 mm. de platos y fuentes carenadas y de 3 mm. para las formas de perfil sencillo supone una importante homogeneidad que implica una relación del diámetro máximo tres veces superior a la altura máxima² (Aranda 2001).

Este conjunto de formas cerámicas, que podemos relacionar con la presentación y consumo de alimentos, se caracteriza por el cuidado de sus superficies que aparecen fuertemente bruñidas, lo que como hemos indicado anteriormente contrasta con las formas de cocina y almacenaje. Además son estas formas sobre las que se desarrollan toda una serie de técnicas decorativas lo que contrasta con los conjuntos cerámicos argáricos. En este sentido destacan las denominadas como decoraciones de retícula bruñida que consiste en motivos de carácter geométrico que se sitúan habitualmente sobre la superficie interior de las vasijas aunque en algunos casos también aparecen sobre la superficie exterior. Otra de las técnicas decorativas se basa en la decoración pintada de motivos igualmente geométricos en rojo o combinando el rojo y amarillo que se sitúa tanto en las superficies internas como externas. Igualmente caracterís-

tica es la técnica decorativa consistente en la incrustación de botones de bronce semiesféricos sobre la superficie exterior de las vasijas formando básicamente alineaciones. Finalmente vamos a destacar otras dos técnicas la decoración con incisiones formando motivos geométricos y las cerámicas decoradas a la almagra (Pellicer y Schüle 1966; Molina 1978; Martínez y Botella 1980; Carrasco *et alii* 1981, 1987; Molina *et alii* 1983; González 1990).

Los cambios que se producen durante el Bronce Final con la introducción de estas nuevas formas muy abiertas y planas en donde se acentúa su estabilidad con un amplio desarrollo de los fondos planos y con diversos tratamientos decorativos suponen nuevas formas de presentación y consumo de los alimentos asociadas a, igualmente novedosas, estrategias sociales. Uno de los cambios posiblemente más importantes consista en el hecho de que durante el Bronce Final las formas analizadas están realizadas no sólo para contener sino fundamentalmente para mostrar sus contenidos. Este énfasis en la visibilidad vendría avalado tanto por el cambio en la morfología de las vasijas como por las decoraciones que recordamos afectan a las superficies no sólo externas sino también

internas, lo que determina la importancia que posee tanto el contenido como el continente. Además durante el Bronce Final se generaliza una nueva forma cerámica, los denominados soportes de carrete que debe relacionarse igualmente con la presentación y consumo de alimentos. Se trata de un tipo cerámico desconocido con anterioridad cuya funcionalidad debió ser la de sostener otras vasijas cerámicas. El acabado de estos tipos cerámicos fuertemente bruñidos y en muchas ocasiones decorados con las técnicas anteriormente analizadas los relaciona con las prácticas de presentación y consumo de alimentos.

El acento, por tanto, es puesto en la forma en que se presentan los alimentos lo que implica cambios en las formas sociales de consumo tanto individuales como colectivas. La importancia que adquiere la forma de consumir alimentos, desconocida en las sociedades anteriores, supone un nuevo escenario para la representación de las relaciones sociales. Así el contexto doméstico adquiere una importante relevancia en la definición, reproducción y manipulación de la identidad social de los individuos que componen la unidad familiar.

Los cambios en las formas cerá-

micas también pueden relacionarse con nuevas estrategias en la preparación y procesado de los alimentos posiblemente a favor de un mayor peso de los alimentos sólidos o semisólidos. Frente a las formas cerradas de época argárica la tendencia hacia formas muy planas durante el Bronce Final supone un mayor peso de alimentos posiblemente más elaborados. Estos nuevos requerimientos sociales, mayor atención en la preparación y presentación de los alimentos, debieron implicar además cambios en las formas de organización del trabajo doméstico.

Estas nuevas prácticas de preparación y consumo de alimentos y bebidas deben relacionarse con una escala doméstica de la producción o al menos así lo demostraría el importante peso de estas formas en los conjuntos cerámicos de las cabañas de Bronce Final que han podido ser analizadas. En esta línea destacan por ejemplo los conjuntos cerámicos de las 4 cabañas excavadas en el asentamiento del Peñón de la Reina (Almería); en todas ellas la representación de platos y fuentes es importante (Martínez y Botella 1980). No obstante, es necesario plantear la posibilidad de que al menos una parte de estas producciones cerámicas pudieran haber participado en rituales de comensalidad relacio-

nados por tanto con una escala de consumo de alimentos diferente a la aquí tratada.³

Bibliografía

Aranda, G. 2001. *El análisis de la relación forma-contenido de los conjuntos cerámicos del yacimiento arqueológico del Cerro de la Encina (Granada, España)*. Oxford: British Archaeological Reports. International Series 927.

Aranda, G.; Molina, F. 2005. Intervenciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina (Monachil, Granada). *Trabajos de Prehistoria* 62(1), pp.165-180.

Aranda, G.; Sánchez, M. 1999. Etapas y evolución de la investigación de campo en la Alta Andalucía y Sureste de la Península Ibérica. *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*. Murcia: Instituto de Patrimonio Histórico de Murcia, pp. 269-278.

Braun, D.P. 1983. Pots as Tools. En J.A.Moore y A.S. Keene (eds.), *Archaeological Hammers and Theories*. New York: Academic Press, pp. 108-134.

Bray, F. 1997. *Technology and*

gender. Fabrics of power in Late Imperial China. Berkeley: University of California Press.

Brück, J. 2005. Homing instinct. Grounded Identities and Dividual Selves in the British Bronze Age. En C. Fowler (ed.), *The archaeology of Plural and Changing identities. Beyond identification.* Londres: Kluwer Academic/Plenum Publishers, pp. 135-160.

Brumfiel, E.M. 1991. Weaving and Cooking: Women's Production in Aztec Mexico. En J. Gero, y M.W. Conkey (ed.), *Engendering archaeology: women and prehistory.* Oxford: Basil Blackwell, pp. 224-254.

Carrasco, C.; Alabart, A.; Coco, A.; Dominguez, M.; Martínez, À.; Mayordomo, M.; Recio, A.; Serrano, M. 2003. *Tiempos, trabajos y flexibilidad: una cuestión de género.* Madrid: Instituto de la Mujer.

Carrasco, J.; Pachón, J.A.; Pastor, M.; Lara, I. 1980. Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis del Cerro Alcalá, Torres (Jaén). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 5, pp. 221-235.

Carrasco, J.; Pastor, M.; Pachón, J.A. 1981. Cerro de la Mora,

Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6, pp. 307-354.

Carrasco, J.; Pastor, M.; Pachón, J.A.; Gámiz, J. 1987. *La espada de "lengua de carpa" del Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona) y su contexto arqueológico. Nuevas aportaciones para el conocimiento del Bronce Final en el sudeste peninsular.* Granada.

Carrasco, J.; Pachón, J.A.; Adroher, A.; López, A. 2002. Taller metalúrgico de fines del bronce en Guadix (Granada): contribución a la contextualización de las fíbulas de codo tipo Huelva en Andalucía Oriental. *Florentia Iliberritana* 13, pp. 357-385.

Contreras, F. 1982. Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de Cabezueros (Ubeda, Jaén). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7, pp. 30-331.

Curiá, E.; Masvidal, C. 1998. El grup domèstic en arqueologia: noves perspectives d'anàlisi. *Cypsela* 12, pp. 227-236.

Eiroa, J. J. 1989. Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste. *Urbanismo Antiguo en el Sureste Español* 1. Murcia.

Ericson, J.E.; Reed, D.W.; Burke, C. 1972. Research Design: The Relationships between the Primary Functions and the Physical Properties of Ceramic Vessels and their Implication for Ceramic Distribution in an Archaeological Site. *Anthropology* III(2), pp. 84-95.

Goldstein, P. 2003. From Stew-Eaters to Maize-Drinkers: The Chicha Economy and the Tiwanaku Expansion. En T.L. Bray (ed.), *The Archaeology and Politics of Food and Feasting States and Empires*. New York: Plenum, pp. 143-172.

González, A. 1990. *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*. Alicante.

González, A. 1993. La necrópolis del Bronce Final de la Peña Negra de Crevillente, Alicante. *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, pp. 285-294.

Henrickson, E.; McDonald, M.A. 1983. Ceramic Form and Function: An Ethnographic Search and an Archaeological Application. *American Anthropologist* 85, pp. 630-643.

Hernández, L.; Gil, F. 2004. La necrópolis del Bronce Final del Collado y Pinar de Santa Ana de Jumilla (Murcia). En L. Hernández y M. Hernández (eds.), *La Edad del Bronce en tierras levantinas y zonas limítrofes*. Alicante: Ayuntamiento de Villena, pp. 441-454.

Hernando, A. 2002. *Arqueología de la Identidad*. Madrid: Akal.

Hernando, A. 2005. Mujeres y Prehistoria. En torno a la cuestión del origen del patriarcado. En M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología y género*. Granada: Universidad de Granada, pp. 73-108.

Jiménez Brobeil, S.; Al-Oumaoui, I.; Esquivel, J.A. 2004. Actividad física según sexo en la cultura argárica. Una aproximación desde los restos humanos. *Trabajos de Prehistoria* 61, pp. 141-153.

Lomba, J. 1993. Un nuevo yacimiento del Bronce Final con cabañas de planta oval en Murcia: la Serrecica (Totana). *XXII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, pp. 95-98.

Martínez, C.; Botella, M. 1980. *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)*. Madrid.

McGaw, J.A. 1996. Reconceiving

Technology: Why Feminine Technologies Matter. En R.P. Wright (ed.), *Gender and Archaeology*. Philadelphia: University of Pensilvania Press, pp. 52-75.

Meyers, C. 2003. Material remains and social relations: women's culture in Agrarian Households of the Iron Age. En S. Mitin (ed.), *Symbiosis, Symbolism, and the power of the past. Canaan, Ancient Israel, and their neighbours from the Late Bronze Age through Roman Palestina*. Winona Lake: Eisenbrauns, pp. 425-444.

Mills, B.J. 1989. Integrating Functional Analyses of Vessels and Sherds through Models of Ceramic Assemblage Formation. *World Archaeology* 21(1), pp. 133-147.

Mills, B.J. 1999. Ceramics and the Social Contexts of Food Consumption in the Nothern Southwest. En J.M. Skibo y G.M. Feinman (eds.), *Pottery and People. A Dynamic Interaction*. Salt Lake City: University of Utah Press, pp. 99-114.

Mirón Pérez, M^a.D. 2005. La casa griega antigua: género, espacio y trabajo en los ámbitos domésticos. En M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología y*

género. Granada: Universidad de Granada.

Molina, F. 1976. *Las culturas del Bronce Final del Sudeste de la Península Ibérica*. Granada.

Molina, F. 1978. Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el sureste de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 3, pp. 159-233.

Molina, F. 1983. La Prehistoria. En F. Molina y J.M. Roldán (eds.), *Historia de Granada I. De las primeras culturas al Islam*. Granada, pp. 11-131.

Molina, F.; Mendoza, A.; Sáez, L.; Arteaga, O.; Aguayo, P.; Roca, M. 1983. Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura Ibérica en la alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes. *Congreso Nacional de Arqueología XVI*, pp. 689-708.

Montón, S. 2000. Las mujeres y el espacio: Una historia del espacio sin espacio en la historia. *Arqueología Espacial* 22, pp. 45-59.

Parker, M. 2000. Eating money. A study in the Ethnoarchaeology of food. *Archaeological Dialogues* 7(2), pp. 217-232.

Parker, M. 2003. Food, Culture

and Identity: an introduction and overview. En M. Parker (ed.), *Food, Culture and Identity in the Neolithic and Early Bronze Age*. Oxford: British Archaeological Reports 117, pp. 1-30.

Pellicer, M. 1992-93. El Bronce Reciente e inicios del Hierro en Andalucía Oriental. *Bajo Aragón Prehistoria IX-X*, pp. 339-363.

Pellicer, M., Schüle W. 1966. *El Cerro del Real (Galera, Granada)*. Madrid.

Picazo, M. 1997. Hearth and home: the timing of maintenance activities. En J. Moore y E. Scott (ed.), *Invisible people and processes. Writing Gender and Childhood into European Archaeology*. Londres: Leicester University Press, pp. 59-67.

Ros, M. 1986. El Bronce Tardío y Final. *Historia de Cartagena II. Primeros poblamientos del sureste*. Murcia, pp. 317-352.

Ros, M. 1989. *Dinámica urbanística y cultura material del hierro antiguo en el valle del Guadalentín*. Murcia.

Sánchez Romero, M. (e.p. a). Actividades de mantenimiento, espacios domésticos y relaciones de género en las sociedades de la prehistoria reciente. *I*

Jornadas Internacionales de Arqueología del Género. Madrid, 19-20 de Mayo de 2005.

Sánchez Romero, M. (e.p. b) Women during Bronze Age in Southeast of Iberian Peninsula: daily life, relationship and identity. *Engendering Prehistoric 'Stratigraphies' in the Aegean and the Mediterranean*. Creta, 2-5 de Junio de 2005.

Sánchez Romero, M.; Moreno Onorato, A. 2005. Mujeres y producción metalúrgica en la Prehistoria: el caso de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). En M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología y género*. Granada: Universidad de Granada, pp. 261-282.

Sherrat, A. 1996. Alcohol and Its Alternatives: Symbol and Substance in Pre-Industrial Cultures. En J. Goodman, P. Lovejoy y A. Sherrat (eds.), *Consuming Habits: Drugs in History and Anthropology*. Londres: Routledge, pp. 11-46.

Siret, E.; Siret, L. 1890. *Las primeras edades del metal en el sudeste de la España*. Barcelona.

Smith, M.F. 1988. Function from Whole Vessel Shape: A Method and an Application to Anasazi Black Mesa, Arizona. *American*

Anthropologist 90, pp. 912-923.

Wright, R.P. (1999) Tecnología, género y clase: mundos de diferencia en Mesopotamia durante el periodo de Ur III. En L. Colomer, P. González Marcén, S. Montón, M. Picazo (ed.), *Arqueología y teoría feminista*. Barcelona: Icaria, pp. 173-214.

Notas:

¹ Aunque el denominado como Bronce Tardío se ha considerado como etapa postargárica y por tanto con una etapa con entidad cultural propia (Schubart y Arteaga 1983; Carrasco y Pachón 1986; Castro *et alii* 1996) desde nuestra perspectiva existen los suficientes elementos de continuidad cultural como para mantener este periodo dentro del

desarrollo argárico (Molina 1983). Los cambios que se producen durante este periodo parecen estar más relacionados con el proceso de crisis y desarticulación de las sociedades argáricas que con un nuevo desarrollo cultural.

² La población total analizada asciende a 31 formas completas o con el perfil suficiente para ser reconstruidas (Aranda 2001).

³ En este sentido es especialmente relevante la introducción en los momentos recientes del Bronce Final de un conjunto de cerámicas exóticas realizadas a torno y procedentes de las factorías fenicias del litoral (Molina *et alii* 1983; Carrasco *et alii* 1981; Ros 1989). Las formas que se introducen son básicamente platos, copas y jarros que posiblemente se asociaron a prácticas rituales de comensalidad.